

SAGUA de TÁNAMO, la CIUDAD MÁRTIR

UN REPORTAJE DE

Luis Rolando Cabrera

FOTOS DE "PACO" ALTUNA

Enviados Especiales de BOHEMIA

gustiaron, que lloraron y vieron cada día, a cada hora, la muerte cara a cara. Esta es —pretenderá ser— la historia de Sagua de Tánamo, la mártir.

Los comienzos

Situada entre montañas, al norte de Oriente, casi aislada del resto del mundo, pues su comunicación más fácil es por aire hasta Cayo Mambí y de ahí por tierra unos doce kilómetros, Sagua de Tánamo es, pese a ello, una población rica por la feracidad de su suelo que produce caña, café, tabaco y frutos menores. Pero Sagua conoció bien pronto de las peripecias de la guerra y de las represalias del régimen.

Establecido por Raúl Castro el segundo frente oriental, éste abarcó pronto enormes extensiones de

terreno en la porción norte de la provincia y Sagua fue fuente de aprovisionamiento para las fuerzas rebeldes que tenían en la población, cantera generosa para cubrir, en parte, muchas de sus necesidades. Tuvieron también en ella centro de reclutamiento, pues la juventud sagüera, al conocer de las cercanías de las tropas del 26 de Julio, abandonaba sus hogares e iba a nutrir los contingentes rebeldes.

Eso, naturalmente, hizo que la opresión tendiera su garra sobre la población. Comenzaron los registros, los atropellos, las vejaciones, las muertes. Sagua de Tánamo se sumaba —una más— a las poblaciones cubanas que rendían su tributo de sangre por la libertad de la patria oprimida.

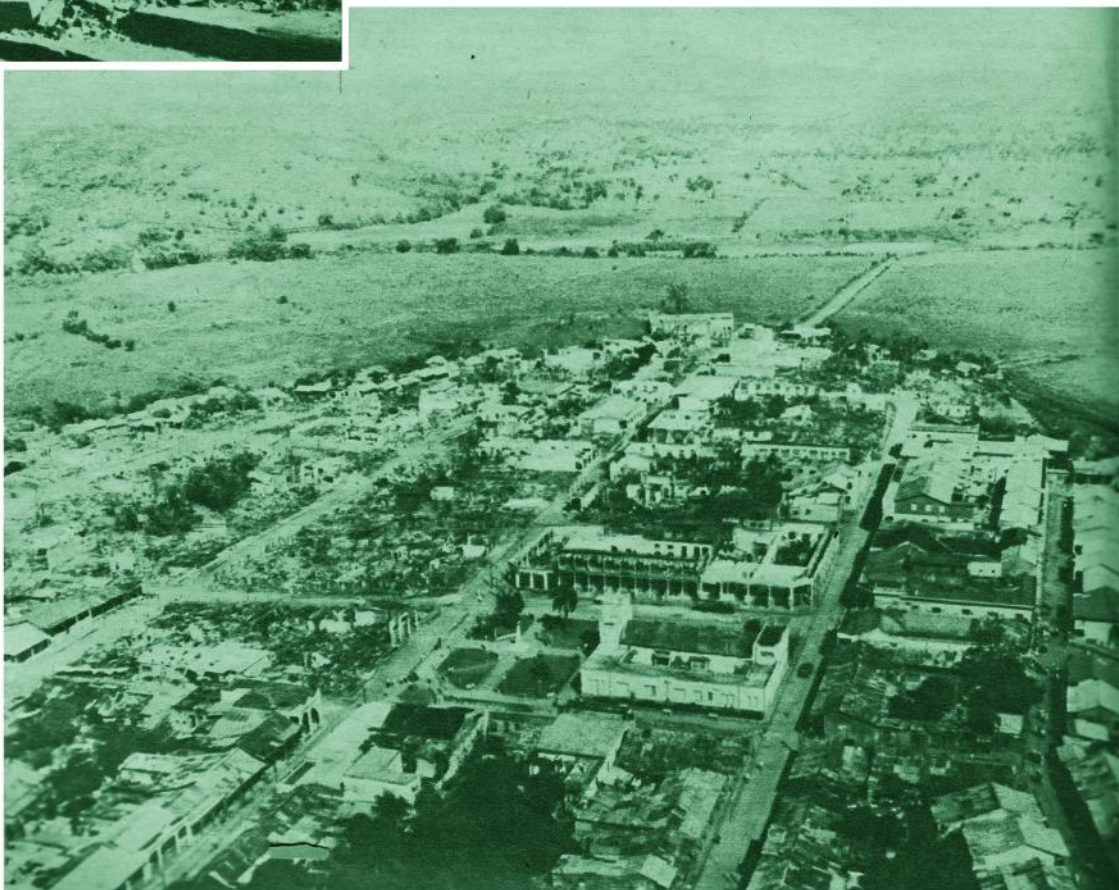
Las cosas empeoraron terriblemente en el mes de octubre de



Este es el recio edificio de dos pisos en que estaba alojado el gobierno municipal de Sagua de Tánamo. Los soldados del régimen se parapetaron en él y desde allí regaron plomo y llamas sobre la ciudad a sus pies. Los numerosos impactos que muestran las paredes son señal de que los rebeldes también sabían tirar.

Yo no sé si podré contar esta historia como es debido; no sé si encontraré las palabras adecuadas para traducir, en letra de molde, el dolor y el sacrificio de un pueblo. Porque ésta no es, como otras veces, la historia de una mujer y de un hombre que pueden haber sufrido, como entes humanos, de los más crueles dolores, de las más tremendas angustias; es la historia de una ciudad, de un conglomerado de hombres, mujeres y niños que padecieron, que se an-

Desde la avioneta, a la que quitamos una de las puertas para mayor visibilidad Altuna tomó esta foto que muestra la destrucción sufrida por Sagua de Tánamo mientras duró la lucha por la posesión de la ciudad. Los soldados de Batista, en su afán de mantenerse en sus posiciones, incendiaron la población y sus aviones dejaron caer, día a día, como un mensaje de muerte, un reguero de metralla.



¡CUBANO AYUDA A SAGUA DE TANAMO!

SAGUA de Tánamo necesita la ayuda de todos los cubanos. Todos pueden contribuir con lo que esté a su alcance para dar a los damnificados de la ciudad oriental pan y techo, abrigo y alimento.

En La Habana hay una comisión que forman el Padre Rivas, los doctores Nicolás Gómez Sedano, Giraldo Jiménez Riverí, Rafael Brú Morín y los señores Rafael Peña Arnau y Manuel Villanueva de la Quintana. En Santiago hay otras comisiones que recaban donativos y debe haberlas en otros lugares de la isla.

Esos comisionados, en visita a BOHEMIA nos informan que, desde cualquier rincón de Cuba, pueden hacerse llegar donativos para la ciudad mártir. Para evitar confusiones y dificultades nos indican estas medidas:

El auxilio en efectivo debe enviarse a la Sucursal en Sagua de Tánamo del Banco Agrícola e Industrial.

El auxilio en víveres, ropas, medicinas, etc debe remiarse a nombre del párroco de Sagua, Padre José Lorenzo Rodicio.

Sugieren además, los comisionados, que caso de enviarse paquetes grandes como sacos de víveres, lo más indicado es utilizar la vía marítima por medio de la "Empresa de Navegación Costera".

Ya lo sabes cubano. Sagua de Tánamo espera por tu ayuda. No cierras los oídos al dolor de tus hermanos. Contribuye generosamente a que Sagua de Tánamo resurja de entre sus cenizas.

1958. La población estaba sitiada por las fuerzas rebeldes; los soldados de Batista se atrincheraron en el edificio del Ayuntamiento, sólida construcción de dos pisos y levantaron garitas en las cercanías del pueblo donde mantenían pequeñas guarrnicones, tremendamente armadas.

El pueblo sufría ya en carne propia la mordida del hambre. Los campesinos no podían entrar en la ciudad por órdenes del ejército rebelde; los ciudadanos no podían abandonar el pueblo, por impedirse las tropas batistianas. Y entonces, el elemento pobre veía cada día menos nutrida su despensa, menos víveres en su mesa.

La escasez afectaba a los propios militares del régimen. Ni los aviones podían acercarse a avituallarlos porque los rebeldes, que ya ha-

bían aprendido a luchar contra ellos, los hostigaban continuamente y avión que se acercaba era avión que recibía descarga tras descarga hasta que sus tripulantes optaban por subir a planos más altos, en los que no fueran a buscarlos los plomos de las ametralladoras y de los fusiles automáticos.

Los aviadores intentaron entonces una medida desesperada: lanzaban a voleo las grandes cajas con provisiones y, sobre todo con parque. Esas cajas no podían caer en el Ayuntamiento; era un "blanco" imposible de realizar. Caían en cualquier otra parte: en un parque, destruyendo un banco; en una casa de familia, dando muerte a cualquiera de sus inquilinos.

Así pasaron los días, días angustiosos, deprimentes. Los disparos



Mientras duró el sitio, cuando en la ciudad no cesaban los tiroteos, los vecinos no tuvieron otro remedio que construirse refugios que no eran otra cosa que huecos abiertos en el piso de sus casas. Allí se amontonaban, como mejor podían, durante las largas horas de noches que parecían interminables. Ahora, sonrientes ante la cámara, estos niños reeditan las escenas de antes.



¿Guernica? ¿Lidice? No, es Sagua de Tánamo que se ha ganado la palma de ciudad más sufrida de una isla en que tanto se sufrió por los desmanes de la dictadura. No hay más que escombros, hierros retorcidos, restos de lo que fueron muebles. Al final se alza el edificio del Ayuntamiento donde se atrincheraron los soldados de Batista y desde cuyo lugar hicieron llegar la destrucción a las zonas cercanas.

desde el Ayuntamiento se cruzaban con los de los rebeldes que habían tomado la llamada loma del Fuerte y otras posiciones cercanas. Y los aviones, impotentes para dar ayuda a los soldados, se vengaban lanzando sobre la población inde-

Esta es otra vista, tomada desde el aire, de lo que fue el centro de Sagua de Tánamo. Frente al parque, en la esquina, estaba la imprenta de "El Tanameño" en cuyas colecciones se encontraba la historia toda de la población. Y periódicos, máquinas, archivos; todo desapareció consumido por el fuego. Mañaneras enteras fueron pasto de las llamas y de las casas no quedó absolutamente nada.



Entre los restos calcinados de una casa, los comisionados locales para la reconstrucción de la ciudad, dan al reportero datos y detalles de cosas que les tocó vivir. Hay relatos que parecen arrancados a un libro de horrores, cosas que cuesta trabajo creerlas. A ambos extremos del grupo, el enviado de BOHEMIA y Mario López, el eficiente piloto que nos llevó de Santiago a la ciudad mártir.

fensa un reguero inacabable de metralla.

Para protegerse, los sagüeros tuvieron que imitar a los ciudadanos de Londres. Y se construyeron refugios. Claro está que éstos no podían compararse a los de la capital inglesa. Los refugios de Sagua de Tánamo no eran más que huecos abiertos en la tierra con la prisa de la angustia; huecos en los cuales se tiraban unos colchones para después amontonarse en ellos, en doliente promiscuidad, los hombres, las mujeres y los niños.

Pese a sus ametralladoras, instaladas en lo alto del edificio del Ayuntamiento y en las garitas que cubrían caminos y entradas, los soldados no pudieron evitar la entrada en la ciudad de las fuerzas rebeldes. Los muchachos del comandante Lusson se infiltraron en Sa-

gua en arriesgadas operaciones de comando y fueron avanzando, calle a calle, casa a casa, acercándose al bastión militar.

Incendio y éxodo

Los hombres parapetados en el Ayuntamiento, emplearon entonces otra táctica: la de incendiar las casas cercanas para impedir a los guerrilleros de la Sierra el tomar posiciones. Y desde el 16 de diciembre, día de la entrada de los muchachos vestidos de olivo, comenzaron los incendios que iban acompañados del reguero de metralla que hacían los aviones.

Una tras otra, fueron quemando las casas y también los comercios. No había discriminación: las balas incendiarias y la tea arrasadora, no respetaban tiendas de víveres,

SAGUA DE TANAMO, LA... (Continuación)

hoteles, cafés o farmacias. Todo se quemaba, todo era reducido a pa-sesas.

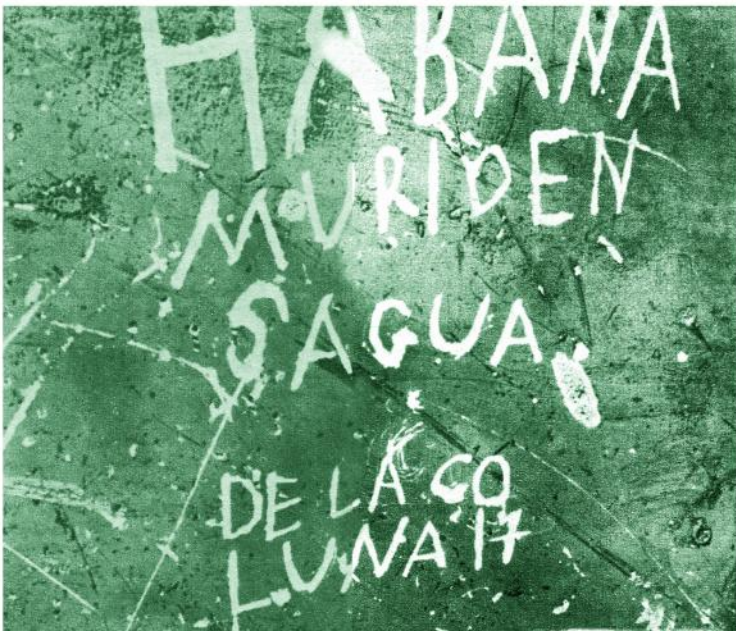
Y el día 17 empezó el éxodo. Había que salir del pueblo salvando por lo menos la vida. Nada se podía llevar; la balacera en la calle impedía el cargar bultos de ropas, muebles o enseres. Las llamas que dejaban a su espalda, hacían el resto, consumiendo las casas y todo lo que había dentro.

Era la caravana del dolor y de la angustia. Muchachas de posición económica desahogada se quedaron de pronto, sólo con lo que tenían puesto. Hombres dueños de tiendas y comercios, se vieron, de una hora a otra, tan pobres como el más pobre mendigo.

Ahora, algunas de esas muchachas: Yolanda Toll, Ruth Gainza, Sarah Arderí cuentan al reportero

los angustiosos momentos que tuvieron que vivir. Salían todos hacia los campos en un peregrinar doliente; había que tirarse al suelo a cada instante para evitar las balas; había que sortear los peligros que acechaban a cada paso, pues caían las paredes, las tejas y las láminas de zinc. Los soldados rebeldes las ayudaban a evacuar, las guiaban entre las llamas y las balas.

—Salga y que Dios les acompañe —recuerda Yolanda Toll que le dijera uno de ellos. Así se dirigieron hasta una cañada cercana donde había un destacamento rebelde. Apenas llegadas allí, hizo acto de presencia un avión de Batista. Mensajero de la muerte, el avión vomitó su carga de metralla sobre la columna de mujeres, de niños, de hombres indefensos. Y todos tu-



Los rebeldes, para hacer frente a los guardias bien atrincherados, se parapetaron en la casa de altos más cercana al Ayuntamiento: la de la farmacia Cerver. Allí lucharon con tesón y algunos perdieron la vida. En la pared, junto a la escalera, uno dejó esta inscripción: "Habana murió en Sagua. De la columna 17".



vieron que tirarse al suelo confundiendo entre las hierbas, ahogando los gritos, cuidando de los más desvalidos.

El pueblo ardía por todas partes. Era un espectáculo dantesco; algo que ahora, al recordarlo crispó los nervios ya hechos a tantas narraciones espeluznantes. Había gentes que no se decidían a abandonar todo: allí entre las llamas estaba su hogar, sus muebles, sus ropas, todo lo que tenían. Y lloraban sobre las ruinas, apretando los puños impotentes. ¡Si las lá-

Aquí una familia humilde tenía su hogar. Eran pobres pero poseían un techo, una cama, algo que comer. Y ahora ¿qué les queda? Ahí está todo: los hierros combados por el fuego de lo que fue un lecho, la base de una máquina de coser, un tanque viejo, unos cubos, un pedazo de lo que había sido un sofá. Y junto al lecho en que ya no dormirán, la madre infeliz aprieta a sus hijos contra su pecho.

grimas hubiesen podido apagar las llamas! Pero había que irse, tomar el camino de los campos para ir a buscar refugio junto a los nobles guajiros que esperaban con los brazos abiertos, listos a compartir sus vituallas con los que venían con hambre, con sed, con lágrimas y con sueño.

Y así se hizo. Sagua de Tánamo quedó desierta. Era, no un pueblo con parques, con tiendas, con viviendas, sino un gran campo de batalla. Allí no estaban más que los rebeldes, peleando en las calles; los soldados atrincherados en el Ayuntamiento, y un hombre que había venido desde Jarahuca en jeep y a caballo; un hombre que acudía solícito al mandato imperioso de su deber que le impelía a estar donde hubiera dolor, donde quiera que estuviese presente la muerte: era el padre Angel Rivas Cánepa, nativo de Sagua de Tánamo, capellán de las tropas del segundo frente oriental; un sacerdote con kepis de miliciano y con barbas, crecidas en días y meses de cumplir por Songo, por La Maya, por Mayarí, por Baracoa, las sagradas funciones de su ministerio y otras muchas más.

Nueve días trágicos

Así pasó el 16, transcurrió el 17, amaneció el 18 y siguieron pasando los días y las noches. Ahora se dice en un solo renglón, pero entonces cada minuto era un siglo, cada día una eternidad. Por todas partes seguía reinando la desolación. ¡Lla-



El espectáculo es aplanador. Las pocas casas que se mantienen en pie no tienen techo; no quedan de ellas más que las paredes chamuscadas. Y todo lo que había en el interior fue pasto de las llamas, nada se salvó. Los habitantes, para ponerse en seguridad, tuvieron que refugiarse en los montes a recibir la hospitalidad fraterna del guajiro.

edificio; los soldados no contestaron a la carta escrita en tonos patrióticos. Su respuesta no fue más que más balas, más plomo, más metralla, más muerte.

Entonces el padre Rivas se fue en busca de otro emisario. Era una mujer que residía en el campo: Elia Bourricauri, esposa del cabo Suárez, que estaba también en el Ayuntamiento. Ella accedió a ser portadora de una nueva carta; quería, además, llevar a su hijita de

meses para que su padre la viera, para que la abrazara.

El padre Rivas la acompañó hasta frente al edificio. Y los soldados la dejaron entrar. Allí en el Ayuntamiento, los militares y los civiles que lo ocupaban estaban aún con más hambre y necesidades que los habitantes del pueblo. Su hambre era tanta que se dio el hecho increíble de que aquel soldado, el cabo Suárez, se bebiera, con la de-

[Continúa en la Pág. 120]

En el patio del Ayuntamiento, junto a las tapias se nota la presencia de esta verja de madera y de una rústica cruz. En otra época nos asombraríamos; Ahora han sucedido tantas cosas que ya nada nos parece extraño o imposible. Es que allí, en el propio patio, los soldados de Batista enterraron a sus muertos. Otros, como el cabo Montano, no tuvieron ni eso, su cadáver fue mutilado por los animales.



Esta es la casa de Agustín Driggs y su familia. No era gente humilde, sin medio de fortuna, sino personas bien situadas en la vida. Y a ellos, como a otros de la clase media y hasta de la acomodada, les dejaron sin nada: todo lo perdieron. Ahora Isabelita Driggs, registra en lo que fue su refrigerador mientras otras amigas hurgran en lo que antes fue cocina y ahora es sólo ruinas.

mas y balas! ¡Metralla y muerte! Roncaban las ametralladoras 50 del ejército y las calibre 30, que los rebeldes habían logrado emplazar en varios lugares de la población. Ardían las paredes y los techos. Las casas se venían abajo y sobre Sagua de Tánamo se extendía un velo de luto, de muerte.

A veces, algunos vecinos retornaban a hurtadillas de su asilo en el campo. Venían en grupos pequeños para indagar lo que sucedía, para rondar sus casas, a ver si algo se podía salvar.

En esos días, los rebeldes envia-

ron una carta al Ayuntamiento. La mandaron con unas mujeres, esposas de soldados que estaban allí. Era una carta en que se pedía la rendición, pintando al jefe militar la verdad de la situación: estaban rodeados; unos refuerzos que habían intentado enviarles desde Cayo Mambí habían sido puestos en fuga por las tropas del comandante Anibal. No podían escapar a la derrota. Era mejor —se les decía— evitar más derramamientos de sangre de cubanos y rendir las armas. Pero el intento resultó fallido: las emisarias quedaron en el